
MENTIRA Y ENGAÑO EN POLÍTICA

GUSTAVO GÓMEZ PÉREZ
JUAN SAMUEL SANTOS CASTRO
Editores académicos

MENTIRA Y ENGAÑO EN POLÍTICA
PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS Y DIÁLOGOS
DESDE LA ACADEMIA



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Facultad de Filosofía



Anábasis
COLECCIÓN
Investigación

Reservados todos los derechos

© Pontificia Universidad Javeriana

© Gustavo Gómez Pérez y
Juan Samuel Santos Castro,
editores académicos

Primera edición: abril de 2022

Bogotá, D. C.

ISBN (impreso): 978-958-781-700-3

ISBN (digital): 978-958-781-701-0

DOI: <http://doi.org/10.11144/Javeriana.9789587817010>

Número de ejemplares: 300

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Carrera 7.ª, n.º 37-25, oficina 1301

Edificio Lutaima

Teléfono: 320 8320 ext. 4205

www.javeriana.edu.co/editorial

Bogotá, D. C.

Corrección de estilo

Alejandro Merlano Aramburo

Diagramación y montaje de cubierta

Marcela Godoy

Impresión

Nomos S. A.

Pontificia Universidad Javeriana | Vigilada

Mineducación. Reconocimiento como

Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de

1964. Reconocimiento de personería jurídica:

Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del

Ministerio de Gobierno.



Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S. J.
Catalogación en la publicación

Bula Caraballo, Germán Ulises, autor

Mentira y engaño en política: perspectivas filosóficas y diálogos desde la academia / autores Germán Bula Caraballo [y otros siete]; editores académicos Gustavo Gómez Pérez y Juan Samuel Santos Castro. -- Primera edición. -- Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2022.

198 páginas; ilustraciones; 21,5 cm

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-958-781-700-3 (impreso)

ISBN: 978-958-781-701-0 (electrónico)

1. Filosofía política 2. Democracia 3. Manipulación mediática 4. Medios de comunicación de masas 5. Poder público 6. Verdad y mentira I. Gómez Pérez, Gustavo, autor, editor académico II. Santos Castro, Juan Samuel, autor, editor académico III. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Filosofía

CDD 320.01 edición 21

inp.

10/03/2022

Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin autorización por escrito de la Pontificia Universidad Javeriana. Las ideas expresadas en este libro son responsabilidad de sus autoras y autores y no comprometen las posiciones de la Pontificia Universidad Javeriana.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN GENERAL

Gustavo Gómez Pérez

Juan Samuel Santos Castro

7

CIENCIA, MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y MANIPULACIÓN MASIVA

LA SEDUCCIÓN DEL NÚMERO: METROCOSMÉTICA Y ACCIÓN INSTITUCIONAL

Germán Bula

37

DESHUMANIZACIÓN Y MANIPULACIÓN MEDIÁTICA: LA PARTICIPACIÓN DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN TURCOS EN LA MASACRE DE DERSIM

Serhat Tutkal

57

ILUSIÓN Y SUPERSTICIÓN EN POLÍTICA

LÓGICAS DE LO INCOMPENSIBLE: SPINOZA Y EL ENGAÑO EN POLÍTICA

Iván Ramón Rodríguez Benavides

81

“VERDAD HISTÓRICA” Y CREENCIA: LA ARQUEOLOGÍA FREUDIANA DEL CREER

Ángela Calvo de Saavedra

101

ALTERNATIVAS PARA COMBATIR LA MENTIRA

EL PAPEL DEL ESCEPTICISMO ACADÉMICO EN LA ESFERA POLÍTICA PARA COMBATIR LA MENTIRA

Iván Javier Mojica Rozo

125

¿VERDAD O SOLIDARIDAD EN POLÍTICA?

Hernán Medina-Botero

137

**CONVERSATORIO ENTRE EL PADRE FRANCISCO DE ROUX, S. J.,
Y EL DR. RODRIGO UPRIMNY: ¿CÓMO ENFRENTAR LA MENTIRA Y
EL ENGAÑO POLÍTICOS?**

167

LOS AUTORES

191

INTRODUCCIÓN GENERAL

Gustavo Gómez Pérez
Juan Samuel Santos Castro
Pontificia Universidad Javeriana

EL ENGAÑO Y LA MENTIRA EN LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

Esta antología es producto del proyecto de investigación “Mentira, poder estatal y democracia”, financiado por la Vicerrectoría de Investigación de la Pontificia Universidad Javeriana.¹ Versiones previas

¹ El proyecto “Mentira, poder estatal y democracia” (ID de la propuesta: 007801; ID del proyecto: 08016) fue escogido para ser financiado por la Vicerrectoría de Investigación dentro de la convocatoria interna “Proyectos de profesores de planta que han obtenido recientemente su título de doctor”, en su versión 2018. Otros productos de este proyecto de investigación son: 1) el artículo de investigación titulado “La mentira en política: entre la manipulación de los hechos y la pregunta por el quién habla ahí”, escrito por Andrea Catalina Zárate Cotrino; 2) el artículo de investigación “La verdad en política: sobre la mentira y la política en algunos diálogos de Platón”, escrito por Gustavo Gómez Pérez, y 3) el artículo de investigación “Políticos mentirosos y tramposos democráticos. ¿Es la mentira política diferente de otras clases de mentiras?”, escrito por Juan Samuel Santos Castro. Estos tres artículos fueron publicados en el *dossier* “Mentira, engaño y democracia” de la revista *Universitas Philosophica*, volumen 36, número 72 (2019). Algunas actividades académicas vinculadas con este proyecto fueron: 1) el Simposio Mentira, Poder Estatal y Democracia, llevado a cabo el 15 de marzo de 2018; 2) el Simposio Internacional sobre Mentira y Engaño en Política, llevado a cabo entre el 26 y el 30 de agosto de 2019; 3) el seminario de énfasis Mentira y Engaño en Política, ofrecido para la carrera de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana durante el primer semestre de 2019, y 4) el grupo de estudio Mentira y Veracidad en Política, el cual operó desde febrero de 2018 hasta noviembre de 2019 con la participación de varios estudiantes de pregrado y posgrado de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana.

de las contribuciones incluidas en esta colección fueron presentadas como ponencias en el Simposio Internacional sobre Mentira y Engaño en Política, llevado a cabo entre el 26 y el 30 de agosto de 2019 en las instalaciones de la Universidad de los Andes y de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. La selección que presentamos aquí constituye una muestra elocuente de la variedad y alta calidad de las discusiones que tuvimos en ese evento. Con el simposio buscamos ofrecer un escenario en el cual tanto académicos e investigadores interesados en el tema como actores sociales con experiencia directa pudieran compartir con el público general las conclusiones de sus trabajos y sus sugerencias para afrontar un problema que aqueja a toda sociedad, pero más profundamente a las democracias. Con la publicación de esta antología, queremos ampliar la audiencia del simposio y continuar motivando la reflexión sobre este tema.

Ciertamente, la falta de veracidad de los políticos y la circulación de rumores infundados, de afirmaciones desorientadoras y de noticias adulteradas no son fenómenos recientes. Tampoco son fenómenos poco estudiados en las ciencias sociales o poco analizados filosóficamente. Menos aún son aspectos de la política, o del lenguaje público, que los ciudadanos comunes y corrientes no adviertan. Como señala Arendt (2017a), “la sinceridad nunca ha figurado entre las virtudes políticas, y las mentiras siempre han sido consideradas como medios justificables en los tratos políticos” (87). Sin embargo, solo hasta hace unos años las mentiras y los engaños en política, y sus consecuencias para el funcionamiento de las democracias, han adquirido una magnitud tan significativa como para motivar la sospecha de que la proverbial relación entre el engaño y la política ha cambiado.

De herramienta favorita de control político en regímenes autoritarios y de recurso de manual para diplomáticos y jefes de Estado de los demás regímenes, las mentiras y los engaños pasaron a operar como mecanismos de gobierno en la mayoría de las democracias occidentales desde los años de la Guerra Fría. Las nuevas tecnologías de la información que surgieron en las últimas décadas del siglo xx y la configuración cada vez más mercantilista del negocio global de las comunicaciones crearon nuevos escenarios para la explotación económica y política de la desinformación. Los problemas sociales

mundiales que venía produciendo la reacción neoconservadora a la expansión del Estado de bienestar separaron cada vez más a los ciudadanos de sus Gobiernos y convirtieron la relación democrática, que en principio debería existir entre ellos, en una relación de mutua desconfianza. En consecuencia, los Gobiernos, cada vez con mayor agresividad y violencia, buscan blindar su legitimidad de los mecanismos de crítica democrática.

A comienzos del siglo XXI, la mentira y el engaño ya no son simples recursos políticos, sino pilares sobre los que los Estados fundan sus programas de gobierno. La aventura bélica contra Irak, impulsada por Gran Bretaña y Estados Unidos, dejó al descubierto la forma como los gobernantes del mundo conciben ahora su relación con sus ciudadanos y con la realidad. Como lo expresaba un funcionario de la administración de Bush, “ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad” (Suskind 2004).² El éxito de las campañas políticas en favor del *brexit* y de la candidatura presidencial de Donald Trump fueron desarrollos apenas naturales de décadas de falseamiento de la realidad en el interior de ambas democracias.

En Colombia, aunque en absoluto es un imperio, nuestros dirigentes políticos se comportan también eventualmente como dictadores que se atribuyen el poder de imponer no solo órdenes, sino creencias. El desvergonzado recurso al engaño en algunas campañas del plebiscito por la paz de octubre de 2016 y las mutuas acusaciones de manipulación de la información que se lanzaron los bandos a favor y en contra de los acuerdos fueron hechos que llamaron la atención de expertos y legos sobre el preocupante estado en el que se encuentra nuestra democracia. Además, estos hechos hicieron patente que el problema, en la actualidad, no consiste simplemente en que los políticos quieran convencernos de sus versiones sobre ciertos hechos,

² La cita completa dice: “Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras ustedes [los periodistas y académicos pertenecientes a la comunidad que se basa en los hechos] estudian esa realidad —juiciosamente, si lo quieren—, nosotros actuaremos de nuevo, creando otras nuevas realidades, las cuales ustedes pueden estudiar también, y así es como las cosas funcionan. Nosotros somos los actores de la historia [...] y ustedes, todos ustedes, están condenados a simplemente estudiar lo que hacemos” (traducción propia).

sino en que quieren aislarnos de los medios de que disponemos para acceder a la verdad y juzgar la realidad autónomamente.

En efecto, el engaño en la política contemporánea no se produce ya solamente apelando al trillado recurso de la propaganda, sino mediante la monopolización de los mecanismos sociales de búsqueda de la verdad y reconstrucción de la historia. Más aún, la fabricación de una realidad social que conviene a los grupos sociales privilegiados no es posible sin la perpetuación de las desigualdades sociales estructurales, sin la inactividad e irresponsabilidad estatal, sin la complicidad y condescendencia de la clase política y sin la represión violenta de la crítica ciudadana. Como señala Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (1982), la propaganda no tendría ningún efecto sobre las creencias de los individuos si no fuera respaldada por una realidad social fabricada deliberadamente para confirmar su contenido.

LA REFLEXIÓN FILOSÓFICA: MÁS ALLÁ DEL RECHAZO O LA DEFENSA DE LA MENTIRA Y EL ENGAÑO EN POLÍTICA

La reflexión filosófica sobre la mentira y el engaño en política es tan antigua como la filosofía misma. Esta no es solo una frase de cajón para introducir el estado de la cuestión. El mito fundacional de la filosofía narra la historia de Sócrates, el primer filósofo, dedicado primordialmente a criticar a los sofistas por promover la práctica perversa de manipular los argumentos en función de intereses particulares entre los futuros gobernantes atenienses. Después de Sócrates, los filósofos occidentales han adoptado posiciones muy diversas en relación con los vínculos entre mentira y política, en un espectro que va desde el absolutismo moral de condenar cualquier forma de engaño en política, hasta el cinismo amoral de excusar la mayoría de mentiras y engaños en este ámbito de la acción humana. En esto, se podría decir que los filósofos políticos simplemente siguen el patrón de los morales.³

³ En "Truthfulness, lies, and moral philosophers: What can we learn from Mill and Kant?" (1995), Alasdair MacIntyre sostiene que en Occidente han existido dos grandes tradiciones rivales sobre la moralidad de la mentira: aquellos que, junto con Aristóteles, Agustín, Aquino, Pascal y Kant, rechazan toda mentira como moralmente condenable, y aquellos que, junto con Platón, Milton, Johnson y Mill, justifican ciertas mentiras bajo ciertas circunstancias.

Empero, el contraste entre estos extremos es instructivo solo de manera general, pues aunque resulta sencillo y es de hecho usual distinguir a los filósofos políticos entre aquellos que se oponen y aquellos que justifican la mentira en política (Bakir *et al.* 2019), un acercamiento más cuidadoso revela diferencias y matices significativos. Hay dos ejemplos que ilustran este punto y sobre los que vale la pena detenerse, a saber, Platón y la doctrina de la mentira noble y Maquiavelo y la doctrina de la razón de Estado. Los reseñaremos brevemente para introducir, de paso, dos de las grandes teorías sobre la moralidad de la mentira y el engaño en política.

Quizás no sorpresivamente, la relación entre el engaño y la política que usualmente se presenta en el mito fundacional de la filosofía no es tan simple como parece a primera vista. Según la evidencia disponible, Sócrates se oponía a la mentira y al engaño como cuestión de principio (Mahon 2019a). Sin embargo, su oposición era notable debido más que nada al contexto moral griego de la época, el cual consideraba al engaño como el curso de acción correcto en una amplia clase de casos. En una sociedad como la griega, profundamente jerárquica y basada en concepciones heroicas del honor, no se veía con malos ojos mentir a todo aquel que se ubicara por debajo en las jerarquías que estructuraban la comunidad. Para un hombre libre era permitido mentir a sus esclavos y servidores, a sus mujeres, a sus hijos y familiares (salvo a sus padres), a aquellos en estado de enfermedad mental o en algún estado emocional alterado y, más que todo, a sus rivales políticos extranjeros y a sus enemigos bélicos. Como lo expresan Céfalo y Polemarco en el libro 1 de la *República* de Platón, para el ciudadano griego de la época, *justicia* significaba tratar bien a los amigos y mal a los enemigos.

Entre iguales, sin embargo, mentir o engañar era condenable y, más aún, visto como una desgracia, si la mentira o el engaño eran motivados por el miedo, la necesidad o la pobreza. Sócrates, al menos como se puede juzgar a partir de diálogos platónicos como la *Apología*, el *Critón* y el *Eutifrón*, rechazaba cualquier forma de mentira y engaño, tanto entre individuos particulares como entre superiores y subordinados, e incluso entre enemigos (Zembaty 1988). De acuerdo con esto, Sócrates podría ser concebido como el padre del absolutismo

moral que, para MacIntyre, inicia solo con Aristóteles. Por ello, que Platón recurra a un personaje basado en una figura histórica que se había hecho famosa por su rechazo del engaño para expresar la llamada *doctrina de la mentira noble* no deja de ser paradójico.

Afirmar sin matiz que Platón justificaba la mentira en política es inexacto y desorientador. El conocido ataque de Platón a los sofistas se basa en la oposición entre dos formas de vida: la vida de la verdad, propia del filósofo, y la vida de la ilusión y la opinión, propia de la gente común y de los políticos (Arendt 2017b). En consecuencia, para Platón, *ilusión* y *mentira* (o *engaño*) no pertenecen a la misma categoría. Según sostienen varios expertos (Bok 2010, 201, nota 1), en el griego de la época no existía una palabra que tuviera el significado exacto que la palabra *mentira* tiene para nosotros. En el famoso pasaje de la *mentira noble* de la *República*, Platón usa un término que puede referirse indistintamente a *ficción*, *error* o *mentira*, pero lo decisivo es que Platón, en boca de Sócrates, distingue entre dos clases de falsedad. De un lado, la “verdadera falsedad” o “falsedad pura”, que consiste en el error sobre alguna verdad moral o metafísica, y, del otro lado, la “falsedad en palabra” o “falsedad impura”, que versa sobre cosas del reino de la opinión y, por lo tanto, sobre asuntos que no son metafísicamente importantes. Las falsedades impuras, a su vez, pueden ser de dos tipos, a saber, los mitos y las mentiras comunes y corrientes. Los mitos son historias ficticias sobre hechos que los humanos no podemos conocer, como el pasado distante, la vida antes o después de la muerte y la vida desde la perspectiva divina (Mahon 2019a, 20). Las mentiras comunes y corrientes, en contraste, son falsedades dichas deliberadamente sobre hechos del mundo a los que los humanos, en principio, sí tenemos acceso.

Platón parece seguir a Sócrates en la idea de que mentir y engañar son acciones incorrectas, pero no hasta el extremo del absolutismo moral. Aunque los dioses no dicen falsedades, puras o impuras (pues no son presa de la ilusión), y los humanos nunca deben decir falsedades puras (para no caer en la ilusión), sí deben, en algunas ocasiones, decir falsedades impuras. En particular, según Platón, deben hacerlo cuando así logren evitar un daño o logren beneficiar a sus oyentes. Pero eso no es todo: dado que mediante esta clase de

falsedades siempre se corre el riesgo de producir perjuicio a quien las recibe, solo aquellos que poseen el dominio de una técnica pueden juzgar cuándo y cómo deben decirse. Los médicos y los gobernantes pertenecen a esta clase. De este modo, algunas veces, y con el fin exclusivo de beneficiar a los ciudadanos, los gobernantes pueden contarles mitos o mentiras a sus gobernados, siempre siguiendo los principios universales de la ciencia del gobierno político.

La doctrina de la mentira noble, tal como aparece en la *República*, deriva de una concepción metafísica y epistemológicamente peculiar. Platón no solamente se apoya en una distinción entre lo real y lo aparente (el mundo de las ideas y el mundo empírico en el que habitamos) para distinguir la ilusión de la mentira, sino también en una concepción de la política como arte o técnica (*techné*).⁴ De acuerdo con esto, la verdad comporta una especie de revelación o intuición directa, objetiva, de la realidad de entidades inteligibles, que son los principios que permiten explicar o comprender los eventos de nuestro mundo sensible y, por tanto, el punto de referencia fundamental para la aplicación y el desarrollo de un saber propiamente técnico o científico como lo sería, para Platón, el del arte político. Así pues, según lo planteado en el libro III de la *República*, los gobernantes deben decir falsedades impuras a sus gobernados (contarles mitos y mentirles sobre ciertos hechos) porque poseen el conocimiento de una verdad objetiva, en el sentido ontológico más fuerte del término. Sin ese trasfondo metafísico y epistemológico, la doctrina de la mentira noble resulta, en el mejor de los casos, una excusa

⁴ Al respecto, nótese que el concepto *techné*, que suele traducirse como 'técnica' o 'arte', para los griegos tiene una significación muy particular, cercana a la que tendría para nosotros hoy una disciplina con sustento teórico o científico. Como bien lo explica Werner Wilhelm Jaeger (2001), "la palabra *techné* tiene, en griego, un radio de acción mucho más extenso que nuestra palabra *arte*. Hace referencia a toda profesión práctica basada en determinados conocimientos especiales y, por tanto, no solo a la pintura y a la escultura, a la arquitectura y a la música, sino también, y acaso con mayor razón aún, a la medicina, a la estrategia de guerra o al arte de la navegación. Dicha palabra trata de expresar que estas labores prácticas o estas actividades profesionales no responden a una simple rutina, sino a reglas generales y a conocimientos seguros; en este sentido, el griego *techné* corresponde frecuentemente, en la terminología filosófica de Platón y Aristóteles, a la palabra *teoría* en su sentido moderno, sobre todo allí donde se contraponen a la mera experiencia" (515).

desinformada y, en el peor, una sospechosa estrategia de propaganda política. Independientemente de cuán plausibles se consideren hoy en día los presupuestos metafísicos y epistemológicos que subyacen a la filosofía política de Platón,⁵ es claro que su posición no puede reducirse a una simple defensa o rechazo del uso de la mentira y el engaño en política.

Ahora bien, pese a que una lectura atenta de los grandes filósofos raramente conduce a posiciones esquemáticas o poco matizadas sobre el uso de la mentira y el engaño en política (posiciones ya sea de mera oposición o defensa de la mentira), este tipo de simplificación sigue siendo prevalente en los estudios contemporáneos de historia de la filosofía. Un segundo ejemplo de cuán cuestionable es esta tendencia a la simplificación podría encontrarse en el examen atento de la supuesta defensa de la mentira política que Maquiavelo despliega en *El príncipe* (1513 [1985]). En la interpretación tradicional, Maquiavelo habría encontrado la forma de excusar la mendacidad política separando radicalmente dos esferas normativas: la moral y la política. La metáfora de las esferas es especialmente apta en este caso porque resalta la imposibilidad de que los ámbitos moral y político puedan entrelazarse (Walzer 1973). Según esta lectura, el príncipe, esto es, cualquier líder político, tiene la obligación de mentir y engañar cuando sea estratégicamente conveniente para proteger los intereses de su organización política. La mentira y el engaño serían excusables, y no solamente justificables, precisamente porque no hay norma política que los prohíba. Antes, al contrario, la política los exige. En este sentido, Maquiavelo se considera el padre de la doctrina de la razón de Estado y del realismo en el estudio de las relaciones internacionales: el líder político debe hacer todo lo que tenga que hacer para asegurar la supervivencia de su Estado.

Uno de los detalles que esta interpretación pasa por alto es el título mismo del texto en el que supuestamente aparece esta

⁵ Al respecto, Arendt (2017b) comenta que el supuesto de una verdad objetiva, indiferente respecto de los intereses o inquietudes humanas, es ampliamente cuestionado desde la época moderna, “que cree que la verdad no está dada ni revelada, sino que es producida por la mente humana” (21).

doctrina. Maquiavelo escribe para el príncipe, esto es, para el gobernante de aquella forma de gobierno que se opone a la república, según la clasificación que ofrece en el primer capítulo. Para Maquiavelo, el principado es una forma de gobierno menos estable que la república y generalmente temporal y precaria. Por tanto, los consejos que dirige a los príncipes buscan facilitar la transición a formas de gobierno republicano, más estables y perdurables que cualquier tipo de principado. Dadas sus características, la mentira y el engaño no deberían tener lugar en una república. El otro detalle usualmente ignorado en la interpretación tradicional de Maquiavelo es que la justificación que este autor ofrece no es de la mentira o el engaño simplemente, sino de la hipocresía, un rasgo del carácter, no una política de acción. Ruth W. Grant (1997) propone, en este sentido, entender la situación del príncipe como una en la que este debe esforzarse por coordinar los intereses de su comunidad política con los de otras que no comparten sus mismos valores. Si bien el comportamiento hipócrita puede implicar mentir o engañar a los demás sobre las propias creencias o valores, no es siempre reprochable desde la perspectiva moral ordinaria. La hipocresía es justificable cuando el horizonte moral es plural y cuando existe la necesidad y la voluntad política de encontrar soluciones que eviten la violencia o la coacción. De allí que Maquiavelo sostenga, en un planteamiento que se ha hecho célebre, que, una vez agotados los recursos de la hipocresía, en ocasiones la política de la crueldad es el único recurso. Así pues, al pasar por alto los matices subyacentes a la posición de Maquiavelo, la interpretación usual de la doctrina de la razón de Estado resulta, en el mejor de los casos, una excusa desinformada y, en el peor, una sospechosa estrategia de propaganda política.

LA NATURALEZA ESPECÍFICA DE LA MENTIRA EN LA POLÍTICA

Varios estudios contemporáneos de filosofía moral sobre la mentira y el engaño se han ocupado de definir la naturaleza genérica de ese par de acciones (Mahon 2016, 2019b). El punto de referencia usual es la caracterización de la mentira que Mahon (2016, 2019b)

denomina “definición tradicional”. Esta definición genérica sintetiza en cuatro condiciones los elementos que el sentido común asocia con la acción de mentir:

Primero, mentir requiere que una persona haga un enunciado (la condición del enunciado). Segundo, mentir requiere que la persona [que miente] crea que el enunciado es falso (la condición de no-verdad). Tercero, mentir requiere que haya otra persona a la que se le dirija el enunciado no verdadero (la condición del receptor). Cuarto, mentir requiere que la persona [que miente] tenga la intención de que la otra persona crea el enunciado no verdadero como verdadero (la condición de la intención de engañar al receptor). (Mahon 2016; traducción propia)

Aunque esta definición no es asumida explícitamente por ningún teórico político en particular, sus variantes gozan de una amplia acogida entre los autores que se ocupan de la mentira y el engaño en política. Para mencionar solo algunos ejemplos, Sissela Bok acepta una variante de esta definición en su estudio pionero sobre la mentira en el ámbito público. Tullock (1967), Ekman (2009), Williams (2002), Mearsheimer (2011), Stanley (2012) y Mathiesen y Fallis (2017) recogen versiones de la definición tradicional en sus análisis sobre el fenómeno de la mentira política, y Osborne (2005) y Ramsay (2000) hacen lo mismo en sus discusiones sobre la justificación moral de la mentira en política. La definición tradicional también es, con algunas modificaciones, la que aceptan Arendt (2017a, 2017b) y, de manera más elusiva, Derrida (1995) como punto de partida para sus discusiones sobre la mentira en los regímenes políticos posttotalitaristas. Es también la definición a la que apela explícitamente Jane Mansbridge, una de las autoras más prominentes en el campo de la teoría democrática, para excluir la mentira del ideal de la deliberación política (Mansbridge *et al.* 2010).

Además de este punto de partida conceptual, los estudios contemporáneos sobre la mentira y el engaño en política comparten un punto de partida histórico obligado, a saber, la experiencia histórica de los totalitarismos nazi y estalinista, y la forma como las democracias occidentales incorporaron sus técnicas de gobierno autoritarias durante la Guerra Fría. Generalmente, los autores que analizan el

fenómeno desde esta perspectiva siguen o critican la perspectiva de Hannah Arendt. En “Verdad y política” (2017b), esta autora distingue entre lo que llama la “mentira política tradicional” y la “mentira política moderna”:

La mentira política tradicional, tan notoria en la historia de la diplomacia y el arte de gobernar, solía estar relacionada con verdaderos secretos —datos que jamás se habían hecho públicos— o bien con determinadas intenciones; es decir, estaba relacionada con cuestiones que no tienen el mismo grado de fiabilidad que los hechos consumados [...]. Por el contrario, las mentiras políticas modernas se ocupan eficientemente de aquello que en absoluto es un secreto, de aquello que es conocido por casi todos. Esto es obvio en el caso de la reescritura de la historia contemporánea ante los ojos de quienes fueron testigos de los hechos, pero también se percibe en el trabajo de los creadores de imagen, trabajo en el que, una vez más, todo hecho conocido y probado se puede negar o desdeñar si daña la imagen. (59-60)

En un primer análisis, la diferencia fundamental entre estas dos clases de mentira tiene que ver con los objetos de cada una. Mientras que los mentirosos políticos tradicionales mentían sobre lo que nadie sabía o nadie podía saber, los mentirosos políticos modernos mienten sobre lo que sus víctimas están en condiciones de saber o, incluso, sobre lo que estas saben porque lo han visto o vivido ellas mismas. Planteada de esta manera, la distinción es intrigante, pues mentirle a alguien sobre algo que este conoce por experiencia propia parece particularmente difícil. La forma más natural de darle sentido a esa descripción sería suponer que el mentiroso logra hacer dudar a su interlocutor de la veracidad de la experiencia que ha tenido. De esta forma, el político mentiroso tendría que hacer que su interlocutor cuestione las condiciones externas, o de percepción, bajo las que este tuvo su experiencia, o la fiabilidad de los medios mediante los que obtuvo aquella. El político tendría que convencer a su interlocutor de que, en el momento de tener tal experiencia, era víctima de algún tipo de perturbación perceptual o epistémica.

En consecuencia, si el objeto de la mentira política moderna es tan diferente del objeto de la tradicional, como afirma Arendt,